

**IMMANUEL KANT, UN UNIVERSO EN PERSPECTIVA***IMMANUEL KANT, A UNIVERSE IN PERSPECTIVE*

**Reseña de:** Marcus Willaschek, *Kant. Die Revolution des Denkens*. Múnich, C. H. Beck, 2023. 430 pp.

**PEDRO JESÚS TERUEL**

Doctor Europeo en Filosofía  
Profesor Titular de Universidad  
Departament de Filosofia  
Universitat de València,  
València/España  
pedro.teruel@uv.es  
ORCID: 0000-0003-0281-1811

Recibido: 27/01/2024

Aceptado: 30/01/2024

El año en que se publica el presente monográfico es un gran año. La última efeméride asociada al nacimiento de Immanuel Kant, 1924, dio lugar a multitud de contribuciones y espoleó la vuelta a su legado. Entre las primeras, y en España, las *Reflexiones de centenario* publicadas por José Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente*. Entre los modos de la segunda, el frenesí de actividades celebradas entonces, desde multitud de homenajes colectivos a la inauguración del nuevo mausoleo junto a la catedral de Königsberg. Publicar en el tricentenario una introducción a la vida y obra de Kant constituye un ejercicio del todo pertinente. E implica, también, una arriesgada apuesta.

Sobre el filósofo regiomontano se han escrito valiosas obras introductorias: desde la más cercana al autor, la biografía autorizada escrita por Ludwig Ernst Borowski (*Darstellung des Lebens und des Charakters Immanuel Kants*, 1804) o el escrito de Reinhold Bernhard Jachmann (*Immanuel Kant geschildert in*

*seinen Briefen an einen Freund*, 1804), pasando por textos clásicos como los de Kuno Fischer (*Kants Leben und die Grundlagen seiner Lehre*, 1860) o Karl Vorländer (*Immanuel Kant. Der Mann und das Werk*, 1924), hasta las más recientes, publicadas al calor de otra efeméride (en este caso, el bicentenario de su muerte en 2004): por citar sólo algunas aportaciones de autores germanoparlantes, las de Steffen Dietzsch, Manfred Geier o Manfred Kühn. El nivel de detalle de esta última (*Kant. A biography*, 2001, con traducción de Mercedes García-Trevijano: *Kant. Una biografía*, 2003), su carácter sistemático y la profusión de fuentes permiten barruntar en ella una referencia ya difícilmente superable.

Consciente de esto, Marcus Willaschek ha escrito una obra ingeniosa. En castellano, el polisémico ‘ingenio’ traduce tanto lo que Kant considera, junto con la tradición lingüística alemana, la facultad de discernimiento y de perspicaz adecuación en el uso del lenguaje o de otras habilidades (*Witz*), como los artificios producidos por la capacidad creativa que lleva aparejada; así, se puede hablar de tal o cual ingenio técnico. Pues bien: la presente obra es fruto de una autoría experta, brillante e ingeniosa.

Marcus Willaschek nació en 1962 en Arnsberg, la única ciudad donde Kant residió fuera de Königsberg. Profesor en la Goethe-Universität de Fráncfort del Meno, ha estudiado durante décadas el pensamiento kantiano y ha publicado multitud de libros y artículos científicos al respecto; entre los proyectos bajo su coordinación se halla un monumental *Kant-Lexikon* (2017). Su especialización no obsta para que lleve a cabo síntesis accesibles de asuntos complejos, y para hacerlo de forma elegante y amena. Más aún: con *Kant. La revolución del pensamiento* ha creado una especie de ingenio que permite recorrer, de forma original, el universo kantiano.

Desde el principio, Willaschek conjura la tentación cronológica. Podemos barruntar por qué: se trata del formato que han elegido los autores previamente citados, en algunos casos con una profusión de datos y referencias que a duras penas será superada en una obra introductoria que pretenda ser abarcable. Pero hay también, pensamos, argumentos temáticos y sistemáticos que sugieren navegar en otra dirección. Comenzar por el despliegue de la obra precrítica obliga a sumergirse en polémicas teóricas que, aun siendo en sí mismas fascinantes e influyendo de forma innegable en la evolución posterior, no dejan de requerir de quien lee una mirada dispersiva: Kant no se amoldó a las coordenadas trazadas por el pensamiento de Gottfried Wilhelm Leibniz o Christian Wolff, sino que, permeable a los fermentos críticos de Jean-Jacques Rousseau o David Hume, fue más allá. Willaschek contempla esa entera epopeya desde la atalaya que a Kant le procuró el viraje crítico y la desgrana desde ahí.

El enfoque inicial viene proporcionado por la mirada sobre la política y la historia (primera parte de la obra, pp. 33-83). Se examina aquí un asunto que

solemos relacionar con los desarrollos filosóficos puestos de relieve por Kant en las décadas de los ochenta y noventa y que, sin embargo, anima sus esfuerzos de síntesis y la peculiaridad sincrética de su estilo desde los años cincuenta: la filosofía de la paz. Las consideraciones sobre el progreso de la Humanidad, el papel que en él juega la Ilustración y el modo de entender la educación en dicho contexto constituyen los demás escorzos que integran esta primera sección. Se trata de la perspectiva global, la que tiene que ver con el destino (*Bestimmung*) de la Humanidad.

La segunda parte (pp. 85-144) gira en torno a la moral racional. Se procede, de nuevo, desde lo más abarcador hacia las piezas específicas: del concepto de ‘razón’ y el imperativo categórico hasta las nociones de fin en sí mismo, autonomía y sumo bien. En la tercera parte (pp. 145-206) se procede a conectar el ser racional moral con su entorno social. Así, y transitando desde los aspectos históricos hasta su vertiente metafísica, se aborda el punto de vista de Kant sobre la Revolución francesa, la propiedad, la libertad de expresión, la inmigración o la ciudadanía, así como el reflejo de todo ello en el enfoque de la religión. A mi modo de ver, se podría haber antepuesto la tercera a la segunda parte, cosa que quizá hubiese casado mejor con la estrategia que guía al autor. Sea como fuere, la distribución responde a un motivo relevante.

En su itinerario, Willaschek ha procedido kantianamente, otorgando primacía a la razón práctica: “Aquí nos topamos con una característica de la filosofía de Kant que nos acompañará ya siempre en este libro: la *primacía de la praxis respecto de la teoría*”. Y prosigue: “Para él, actuar correctamente tiene primacía respecto del puro conocimiento teórico. La ciencia y la filosofía no son un fin en sí mismas, sino que han de contribuir a mejorar la vida humana; y esto, en clave material pero, sobre todo, en clave moral y política” (p. 24, las traducciones son mías). Recogiendo este programa, y sólo llegados a este punto –una vez desplegadas, a modo de anillos concéntricos, las órbitas de lo histórico, lo moral y lo social en su incardinación en el sistema racional que se va trazando– se expone lo que, en un orden más clásico, hubiera ocupado el primer lugar: los fundamentos, estratos y productos de la razón teórica.

Así, la cuarta parte (pp. 207-267), como si de un perihelio se tratase, gira en torno al ser humano como miembro de la Naturaleza. A la pregunta por lo que le hace humano le sigue la consideración de sus facultades –a caballo entre la psicología y la filosofía trascendental–, de su receptividad estética, su lugar en el cosmos y la comprensión teleológica de éste. Llegados al ámbito de la filosofía natural se plantean, en sintonía con la costumbre de la época, las preguntas metafísicas y se muestra la necesidad de una crítica sobre el alcance del conocimiento a la hora de responderlas: se trata de la quinta y más amplia parte, “Conocimiento metafísico y sus límites” (pp. 269-370). Esta sección actúa como centro gravitatorio que –al modo de la Tierra en la cosmología aristotélico-ptolemaica– atrae hacia sí al resto de planetas que orbitan en torno. Se aborda aquí

el significado de los conceptos-marco (metafísica, crítica), se localizan las coordenadas de la respuesta crítica (sensibilidad y entendimiento, posibilidad de juicios sintéticos *a priori*, formas *a priori* de la sensibilidad, conceptos puros del entendimiento) y se exponen las junturas que confieren solidez al sistema (distinción entre cosa en sí y fenómenos, modulación trascendental de la libertad), para concluir enfocando la comprensión kantiana de Dios. En este último punto se echa en falta familiaridad con la investigación en lengua española; los estudios sobre la comprensión kantiana de Dios realizados por autores como Adela Cortina, José Gómez Caffarena, Félix Duque o Rogelio Rovira han aportado un crisol de luces y contrastes que –aquí como en otros ámbitos de la *Kant-Forschung*– vale la pena conocer.

El libro de Willaschek acaba por constituir, así, un ingenio textual. Cada una de las piezas que lo integran se halla diseñada en torno a un problema y engarzada en un peculiar engranaje, gracias al cual se vincula a un desarrollo biográfico, un rasgo del carácter del protagonista, un aspecto de sus interacciones sociales o, incluso, a un evento histórico, político o científico. Así, por aportar algunos botones de muestra, el concepto kantiano de razón se recorta sobre el trasfondo del culto revolucionario a la razón escenificado en la catedral de Notre-Dame; se expone una errada hermenéutica del imperativo categórico en el espejo de la trágica peripecia de Maria von Herbert; se explica la teoría kantiana de la propiedad al hilo del legado de Kant en su testamento; o se contrasta la noción kantiana de teleología con la moda mecanicista que tuvo en el pato de Jacques Vaucanson a uno de sus paladines más célebres. El meollo de cada capítulo se articula a partir de la respectiva referencia, a la cual se vuelve –en elegante epanadiplosis– al final, habiendo logrado una nueva visión de conjunto.

Jalonando así el recorrido, Willaschek logra varias ganancias. Por un lado, consigue una introducción razonada y orgánica al pensamiento kantiano, en la que son los problemas mismos –y no los meandros de su recorrido biográfico– los que vertebran el despliegue. Por otro, presenta una estimulante articulación de la biografía del protagonista, sin que eso le lleve a centrarse en ella como hilo conductor. Ya sólo esto confiere sentido a una obra tal en un entorno saturado de publicaciones. Además, consigue exhibir un amplio catálogo de textos kantianos, desde las tres Críticas y otras obras relevantes –tanto anteriores como posteriores al viraje crítico– hasta el *Opus postumum*, pasando por ensayos menos conocidos, manuscritos de lecciones y numerosos aportes epistolares. Pero hay más.

La mirada de Willaschek no raya en la hagiografía. Son muchas las ocasiones en las que se permite disentir del autor: por ejemplo, cuando sugiere cierta disonancia entre la letra kantiana y algunas opciones vitales del filósofo; cuando muestra, por parte de Kant, una comprensión imprecisa de algún elemento estructural de su propio sistema; cuando señala aspectos en los que el

regiomontano se deja llevar por consideraciones superficiales o acríticas, propias del espíritu de su época... En ocasiones, las críticas resultan aceradas y convincentes; es el caso de las referidas a una aplicación poco meditada del imperativo categórico como sucede, pongamos por caso, en el veto a la mentira que podría salvar la vida de una persona perseguida injustamente (cf. pp. 106-110); o las concernientes a los tópicos machistas o racistas que aparecen aquí y allá (cf. pp. 64-66, 176-177, 211-213, 379). Menos convincentes resultan los pasajes donde se pone en tela de juicio la compatibilidad de la perspectiva trascendental con la de la física relativista o cuántica (cf. pp. 319, 329). Sea como fuere, el pensamiento kantiano viene expuesto con la acribia de quien sabe que Kant se consideraba a sí mismo un pensador inserto en una etapa, de tránsito hacia lo mejor, que aspiraba a la Ilustración.

Todo ello se enmarca, en el comienzo, con un índice desglosado (pp. 5-11), un prólogo (pp. 13-15) y una introducción sobre el concepto de 'revolución' en el contexto kantiano (pp. 19-31); al final, con una sexta parte dedicada a consideraciones de cierre sobre la filosofía kantiana y su recepción (pp. 371-392) y una serie de anexos de no poco valor (pp. 393-430): desde la tabla cronológica, un glosario y las notas hasta el índice onomástico. Con ello se completa la circunvolución.

En el trazado del libro, el ingenio se revela genialidad. Y es que se ha invertido la perspectiva clásica: no la filosofía teórica precrítica, sino los aspectos relacionados con la esfera práctica son los que describen las primeras órbitas; no la filosofía práctica de la década de los noventa, sino las preguntas teóricas y las condiciones de posibilidad del conocimiento humano ocupan las órbitas interiores, nucleares. "Así pues, ensáyese entonces", escribía Kant en el segundo prólogo a la *Crítica de la razón pura* (1787), "si no avanzaremos mejor en las tareas de la metafísica asumiendo que los objetos deben guiarse por nuestro conocimiento" (B XVI). Un "rasgo característico de la filosofía madura de Kant, junto a la primacía de lo práctico y al empeño en conseguir síntesis de posiciones opuestas", destaca Willaschek, "es la chocante idea de que la objetividad de nuestro pensamiento no descansa en propiedades del objeto, sino en la actividad del sujeto cognoscente". Es esa misma noción de objetividad constitutiva, ligada a la perspectiva del ser finito, la que "subyace también a la ética y a la estética de Kant: que las mismas reglas morales rigen para todos los seres humanos y que con los juicios estéticos no sólo expresamos preferencias subjetivas" (p. 330, cf. también pp. 28, 213). La revolución kantiana en el pensar radica en una teoría de la objetividad según la cual no es el conocimiento humano el que se adapta a la factura de las cosas, sino la imagen que de éstas recibimos la que se encuentra ya ajustada a la estructura del conocimiento para poder ser *la nuestra*: representación esquematizada por la imaginación trascendental en la síntesis de la afección, aprehendida a través de formas puras de la sensibilidad (espacio y tiempo) y concebida por medio de conceptos puros (categorías). En

el acto mismo de esquematizar reside el enigma que subyace, sin ser expuesto aquí, a las polémicas hermenéuticas desatadas aún en vida de Kant (cf. especialmente pp. 334-344).

En el ingenio textual que es este libro, la fábrica de la objetividad trabaja en el núcleo –en el perihelio y el centro– alrededor del cual describen su giro la filosofía de la Naturaleza, la cuestión antropológica, el ser colectivo en sociedad, la autonomía moral, la educación, la Ilustración, el progreso, la historia. El resultado es un universo en perspectiva. En perspectiva kantiana.

Marcus Willaschek ha logrado aportar su homenaje a Kant sin que nada de lo que escribe suene a consabido. La obra servirá a legos y especialistas, a propios y extraños. Proporciona una magnífica introducción a Kant, entendible para un público amplio y, a la vez, enriquecedora para el académico. Resultará también sugerente para quienes no se identifican con la cosmovisión kantiana. Lograr una cosa y otra, mediar entre posturas encontradas, no deja de ser un arriesgado ejercicio de síntesis y pacificación. En esto, la obra tiene rendimientos performativos. Y es que mediar entre opuestos, poner las condiciones para el entendimiento intersubjetivo, aspirar a la paz duradera: todo ello tiene una impronta inequívocamente kantiana. ¿No buscamos eso, con anhelo y esperanza, trescientos años después?